

Globethics Repository

The logo for Globethics, featuring the word "Globethics" in white, sans-serif font centered within a solid blue rectangular background.

El pastorado para la crisis [The pastorate for the crisis]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	desconocido
Publisher	Instituto Universitario ISEDET
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-07-09 03:53:10
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/155999

EL PASTORADO PARA LA CRISIS

Encuesta y discusión sobre la función actual del pastor

INTRODUCCION

Una comprensión de la función del ministerio pastoral dentro del contexto de la sociedad y de la iglesia cristiana constituye la búsqueda de las páginas que siguen.

Una breve mirada al pasado inmediato nos sorprende con una larga serie de cambios que, en progresión acelerada, nos llevan a este presente plagado de interrogantes antes que de afirmaciones, de incógnitas antes que de proposiciones. Al menos en el Río de la Plata, otear en los últimos veinte años, pone esto de manifiesto. Toda comprensión histórica incluye sus problemas de revisionismo, injusticias, acentuar algunas cosas y olvidarse de otras. Sin embargo el intento merece hacerse y puede servirnos de portal para el diálogo posterior.

Bosquejemos cuatro momentos y marquemos en ellos algunos hechos que, a lo largo del tiempo, se han decantado y asoman como fundamentales.

Partimos, tomando como primer momento, el año 1955. Teológicamente ¿qué pasa? Se ha venido operando un cambio desde el año 1948 cuando M. Gutiérrez Marín pronunció sus conferencias en Buenos Aires introduciendo prácticamente, el pensamiento de S. Kierkegaard, E. Brunner y K. Barth en estas tierras.¹ Se produce de aquí

¹ M. Gutiérrez Marín, *Dios ha hablado*, Ed. La Aurora, 1950, es el fruto de dichas conferencias.

en más un cambio fundamental en el pensamiento teológico del Río de la Plata que, hasta ese momento, bien podría mencionarse como de fuerte acento liberal. En la fecha de la que partimos, 1955, la nueva corriente introducida estaba en su apogeo.

Mientras se produce este proceso en el pensamiento teológico la iglesia muestra, al menos, dos aspectos fundamentales. Uno, es la búsqueda de expansión, la evangelización y otro, el del crecimiento interno, especialmente marcado por un especificado estilo de vida. A este tipo de iglesia corresponde una determinada imagen del pastor. Básicamente estamos ante un hombre orquesta. Es decir, la personalidad que se destaca y dirige a la congregación al estilo de un creyente ejemplar. Vivir y trabajar por, para y en la Iglesia es lo fundamental.

Las relaciones con el Catolicismo, que habían tenido una historia bastante reciente de hostilidad activa, ahora habían devenido en latente. La especial situación política que se vive en Argentina, con el derrocamiento de Perón, muestra a una iglesia que se había sentido mártir durante la época peronista² y, de alguna manera, muchos grupos se sentían reivindicados por la llamada "Revolución Libertadora".

Cuando plantamos otro mojón histórico, el segundo momento, en el año 1960 varias décadas han sido devoradas en cinco años. Teológicamente, la neortodoxia ha sido relegada y D. Bonhoeffer comienza a ser descubierto y abrazado con apasionamiento. Comenzamos a pasar de una iglesia sagrada a un mundo sagrado. Poco a poco todo el acento se pone sobre el mundo y afloran las preocupaciones de tipo social, por cierto de una forma completamente ajena al llamado "evangelio social". Se produce así, un desfase entre la preparación que los jóvenes que avienen al ministerio poseen y las esperanzas que las iglesias se han forjado sobre sus futuros pastores. Se produce un choque de imágenes entre un pastor "para adentro" (para la iglesia) y un pastor "para afuera" (hacia el mundo). Comienzan los primeros acercamientos serios entre estudiantes de teología protestantes y católicos. La reunión del Segundo Concilio Vaticano termina por derrumbar tensiones y fronteras. Relaciones entre sacerdotes y pastores empiezan a pasar prontamente de ocasionales y llamativas a corrientes y normales. Es en esa etapa que comienzan a proliferar los movimientos para-eclesiásticos. Nace el CEC, ISAL y el MEC era floreciente en el Río de la Plata.

La toma de conciencia de la situación política ha comenzado a virar. Aún cuando no alcanza fronteras de escisión en el seno de las congregaciones la problemática empieza a plantearse con cierta seriedad.

Si ubicamos al tercer momento por el año 1965, nos encontramos que, teológicamente, estamos frente a una variada conjunción de ver-

² Un ejemplo podemos encontrarlo en la reciente obra de S. Canclini, *Los Evangélicos en el Tiempo de Perón*, Ed. Mundo Hispano, 1972.

tientes. Las grandes corrientes de pensamiento que siguen influenciando marcadamente el trabajo teológico son incorporadas con llamativa rapidez y luego casi despiadadamente desechadas sin haber sido absorbidas a fondo. Un pensamiento enraizado aún resulta fundamentalmente desconocido. Se pasa de las personas a los temas. En el campo eclesial se abren mayores brechas de pensamiento y de acción. Muchos ya no pueden conjugar la imagen que tenían del pastor como de una "personalidad" con su más acentuado sentido de relación entre iglesia y mundo. Podría casi decirse que se manifiesta por ambos lados una incapacidad de diálogo. Esta incapacidad se da más que nada, por la vertiginosidad del desarrollo de los cambios. Estos afectan más a personas, en este caso a los pastores, que a las congregaciones. Por un lado, algunos no encuentran el cauce como para continuar institucionalmente relacionados con la iglesia y cumplir su ministerio, pero, por otro lado, la iglesia tampoco parece hallar el modo de encauzar esa tarea. Se produce, por esos años, el hecho de una mayor relación genuina entre ciertos pastores y ciertos sacerdotes, que entre pastores en general. Hay, por supuesto, una mayor identificación de pensamiento. Se suma a esto una marcada definición política, al menos en el aspecto ideológico, por el cual se adhieren algunos grupos para-eclesiales.

El cuarto momento se ubica en nuestros días. En lo que respecta a la teología las líneas trazadas en los períodos anteriores subsisten en compartimientos independientes. Se han construido algo así como autorutas sin cruces. Pero, aún cuando cada uno va por su camino, algo se ha absorbido del impacto de las etapas de transición. Comienzan a surgir marcados acentos de una teología más autóctona (aunque esta expresión no suene demasiado bien para algunos) como, por ejemplo, la teología de la liberación. Nos encontramos con grupos de tinte fundamentalista que comienzan a reconocer la problemática social, aún dentro de su óptica particular y es llamativa también la ausencia de una reflexión bíblico-teológica en otros sectores.

Podría decirse que hemos variado, de un primer momento, en el cual partimos de un concepto básico de la iglesia como sagrada para pasar, en el segundo y tercer momento, a un mundo que emerge como sagrado hasta llegar al punto en que, para muchos, la sacralización no es focalizada en uno u otro lado sino que estamos frente a la sacralización de la ideología.

La iglesia, debido al fuerte impacto que ha sufrido, procura dar un regular golpe de timón. Para algunos este cambio llega demasiado tarde: están cansados o no tienen esperanza en la iglesia como institución. Se produce una identificación mayor a nivel de grupos que de congregación o comunidad local.

En el plano político la radicalización se da mucho más marcada, más nítida. Se suscita el Encuentro de los Cristianos por el Socialismo que nadie, en 1955, hubiera siquiera soñado y que marca una etapa inédita en todo este desarrollo.³

³ Véase: *Cristianismo y Sociedad*, 3ª/4ª entregas, Año X, Nos. 33 y 34.

Si nos damos cuenta estamos ante una situación bastante límite ya que las distintas corrientes de pensamiento tanto teológicas como políticas han ubicado a ciertos ministros y, muy especialmente, a futuros pastores o ministros de la iglesia en una situación de incomunicación, con ribetes de hostilidad e indiferencia, respecto a las iglesias. Si en el segundo momento esta relación se manifestó como tensión, con saludables visos de creatividad en medio de la crisis, estos momentos parecen más bien sumir especialmente a las iglesias en el desconcierto. Se encontrarán más desalentadas a emplear a sus candidatos y para estos será mucho más reducido el campo de las oportunidades. Si la mera descripción de los años pasados ha sido clara, es justo reconocer que el alud de los acontecimientos superó la capacidad de absorción tanto de los ministros como de las iglesias y es preciso un análisis profundo para sacar a la luz y a la acción las enormes posibilidades creativas de los tiempos que corren. Se tratará de un análisis plagado de esperanza, aún en medio de la confusión, porque Dios nos brinda la oportunidad de tocar fondo en todos nuestros presupuestos y reclamamos para responder con toda humildad a lo que se nos requiere de esta difícil hora.

Es importante, además, recalcar que las situaciones y posiciones destacadas en cada una de las etapas no se dan como ciclos cerrados y anulados unos por otros. Más bien se trata de hechos que se suman a las nuevas situaciones que generalmente crean y que, de algún modo, persisten en su gran mayoría, posiblemente cambiando de círculos de acción, aunque con desigual incidencia.

Esta visión parcial y fragmentaria, al proyectar el vertiginoso desarrollo de los acontecimientos, intenta contribuir al diálogo que procura comprender y responder a la problemática actual del ministerio pastoral. Un diálogo no sólo necesario sino urgente y fundamental.

El Centro de Estudios Cristianos (CEC) tomó sobre sí la iniciativa de responder a la inquietud manifestada en variadas formas por esclarecer y proyectar algunos interrogantes que, en el marco de la situación actual de la iglesia y la sociedad, experimenta el ministerio pastoral, fundamentalmente en la Argentina. Se buscaba un diálogo que comprendiera diversas situaciones y enfocado desde diversos ángulos. Es así que, bajo la coordinación del dr. Waldo Villalpando, secretario de estudios del CEC, se invitó a cuatro pastores a responder a las preguntas: ¿Cuál es la función del ministerio pastoral hoy en día, dentro del contexto de la sociedad argentina y de la iglesia cristiana? y ¿Cuál es su opinión y cuál la de su confesión? Los invitados fueron el pastor Hugo O. Ortega, metodista, quien al momento de su participación era capellán de un colegio primario y secundario en la Provincia de Buenos Aires; el pastor Ricardo Pietrantonio, luterano, dedicado a la enseñanza teológica; el pastor dr. Daniel Tinio, bautista, profesor de teología, a cargo de una congregación en la ciudad y el pastor Carlos Delmonte, valdense, pastoreando una iglesia rural en la provincia de La Pampa.

Cada uno respondió al interrogante por escrito. Ese trabajo individual circuló entre los participantes y, finalmente, los cuatro con la coordinación del dr. W. Villalpando dialogaron sobre sus puntos de vista frente a un grabador.

Lo que sigue es un resumen amplio de cada uno de los trabajos y los momentos fundamentales de un extenso cambio de opiniones. Esperamos haber reflejado de manera bastante clara sus pensamientos.

Ahora sólo se procura compartir y ampliar el diálogo y será muy conveniente que alguna otra voz se sume al grupo. El Centro de Estudios Cristianos ha ofrecido este trabajo a *Cuadernos de Teología* como una señal concreta más de acción común en la esperanza de que éste ayude a la reflexión en la búsqueda de la misión obediente.

Carlos A. Valle

I. UN MINISTERIO PASTORAL PARA NUESTRO TIEMPO ¹

1. *El sentido del ministerio*

El ministerio pastoral está ligado necesariamente a la misión de la Iglesia. Afirmamos dos rasgos fundamentales de la misión: primero, Dios es el protagonista de la misión; segundo, Dios lleva a cabo su misión en y para el mundo. La Iglesia no posee una misión sino que le es concedida la gracia de participar en la obra presente de Dios. El ministerio pastoral será la realización de una función cuyo fin no es la Iglesia misma sino el mundo donde Dios está obrando hoy.

Si esto es así hay dos objeciones que hacer a las formas actuales del ministerio.

a) La primera es a la concepción de un ministerio que hace del pastor un funcionario al servicio de la comunidad eclesial. Su relación, con la realidad del mundo, es vista como un anexo que tendrá que mantenerse en los límites de la prudencia y de la falta de compromiso o como una tarea de relaciones públicas. La tarea de la iglesia se resume a convertir mundanos en creyentes. Dios es parte de la comunidad eclesial y extranjero al mundo y a la historia.

b) La segunda es una tendencia santificada por los valores burgueses: el sueño del pastor y templo propios. Las congregaciones sueñan con cumplir esto. Estamos en la línea medieval en la cual clérigos y templo ocupaban el centro de la vida comunal. El fin se hace el crecimiento numérico. El éxodo creciente, especialmente por parte de los jóvenes, que se experimenta hoy, no parece llevar a reflexión a las jerarquías.

Por tanto no es de extrañar que la función pastoral esté vaciada del sentido de misión que se arriesga con Cristo por la vida del mundo.

¹ Resume el trabajo presentado por el pastor Hugo O. Ortega.

2. *¿Tiene vigencia el ministerio pastoral?*

Para los pastores más jóvenes, el ministerio como servicio a la comunidad eclesial no tiene vigencia, es alienar la vida en una causa estéril, porque Dios llama a servir en el mundo. Tomemos el ejemplo de la Iglesia Metodista Argentina de los últimos diez años. Veintiún pastores dejaron la institución. Dos eran mayores de cuarenta años, los demás de treinta y cinco para abajo. Dieciocho de los salientes lo hicieron por serias discrepancias en cuanto al sentido de la misión de la Iglesia y del ministerio. Algunos han manifestado una enorme liberación para vivir y testimoniar el Evangelio en las coyunturas del mundo. En estos términos se podría hablar de otras iglesias.

El dilema se resume en las palabras de R. Shaull: "Cuanto más participamos en la vida de la congregación, más nos enajenamos del mundo real en el cual, estamos convencidos, Dios nos ha llamado a vivir y testificar".²

3. *El ministerio en una Iglesia sierva*

La vigencia del ministerio se encuentra no en la relación del pastor con su institución sino con el mundo. Se trata de un ministerio abierto a las realidades que confrontan y amenazan a la vida humana. Tendrá que romper con la seguridad que, en forma de salario y vivienda, aferra al pastor a la vana seguridad de la vida burguesa. El tiempo que vivimos en América Latina nos anuncia que no se puede especular con una institución renovada porque Dios está formando otro pueblo de quien no era pueblo.

Hay que comenzar con las necesidades del mundo y no por las expectativas eclesialistas, o en palabras más corrientes "que el mundo proponga la agenda". Esto significa andar a contramano de las comodidades en que están sumidas las instituciones eclesialistas. Esta tarea será hecha muchas veces a tientas. Vendrá la caza de brujas. Una Iglesia sierva tendrá que estar dispuesta a aceptar su cuota de agonía, humillación y sorpresa. Así obró su Señor.

Tenemos que estar disponibles para Dios y abiertos al mundo. Abiertos a la sorpresa y novedad de Dios estando dispuestos a poner punto final a nuestras cosas queridas. Puede ser un llamado a ser una Iglesia que asume un compromiso político; o que desenmascara los grupos de poder que impiden la humanización del hombre; o que forme personal especializado que ayude a transformar la vida en un medio social específico. No hay que copiar señales, hay que recibir la sorpresa de Dios.

4. *Un ministerio para el hombre entero*

El hombre entero es la misión, no la porción "espiritual", de la cual se supone el pastor es especialista. Significa asumir teológica-

² Williams Collin, *What in the World*, Epworth Press, London 1963, pág. 15.

mente el sentido de la vida del hombre contemporáneo. La Iglesia tiene que redescubrir, en una actitud de humildad, la sociedad, el hombre y la creación.

Los tiempos que vivimos nos han mostrado la caída vertiginosa de prejuicios, tabúes y preconceptos. Pero se produce una ley pendular: de la represión se busca llegar a la libertad por el camino de la explosión. El sexo se libera, pero se deshumaniza.

La Iglesia tendría que hacerse patente en el mundo proletario ayudando a los hombres a liberarse de trabajos y condiciones sociales que envilecen, así como en otros estratos sociales en los que, sea por la carrera del "status", por la "metalización", por el descuido de la vida familiar o por otros motivos, se amenaza con concluir en una sociedad sembrada de problemas personales y sociales que destruyen la criatura de Dios.

La Iglesia tendrá que enfrentar a los poderes. Los poderes sujetan a la institución. Hay que desembarazarse de ellos a fin de servir a la liberación de los hombres. Los poderes se manifiestan en grupos privilegiados de la economía, de la espada, de la administración de justicia, de la prensa, de la radio, y la lista sigue. Su poder lleva a la esclavización del hombre. Toda una realidad socio económica afectando a la criatura humana no puede ministrarse en un culto dominical ni siquiera pretendiendo atender al hombre en forma segmentada.

Una Iglesia en este servicio estaría en renovación constante, velando siempre por la suerte del hombre. No tendría un culto irrelevante, quién sabe si tendría templos, pero sería la comunidad de los creyentes. La Palabra de Dios no está sujeta a los vaivenes institucionales. Dios está mostrando señales de una nueva Iglesia que rompe el cerco denominacional y que se manifiesta como un nuevo siervo sufriente.

II. SACERDOCIO DE TODOS LOS CREYENTES Y MINISTERIO ECLESIASTICO ³

Pretendemos alcanzar una comprensión del tema partiendo de I Pedro. Esta Epístola no es, por cierto, todo el NT, pero puede iluminar un aspecto o posición de la Iglesia primitiva que nos ayude a comprender nuestra misión en la actualidad.

1. *La Iglesia en I Pedro*

a) Hay un consenso entre muchos comentaristas en que aquí estamos frente a un discurso bautismal, que fuera usado en momentos de realizar dicho acto. Más aún, hay comentaristas que proponen el orden en el cual el acto bautismal se llevaba a cabo.

³ Resume el trabajo presentado por el pastor Ricardo Pietrantonio.

b) Lo afirmado puede demostrarse por las menciones al bautismo como acto de iniciación en la "iglesia". En 1:1-2:3 encontramos el uso de términos como engendrar de nuevo o regenerar, rescatar, redimir. La doctrina del bautismo es llevada, a la mente de los escuchas, en forma de muerte y resurrección (2:21, 24; 3:18-22).

El primer pasaje mencionado al principio es el más importante porque se introduce aquí la referencia al sacerdocio corporativo.

2. La corporatividad del sacerdocio

a) Si tomamos 1:13-2:3 como alusión al bautismo (especialmente 2:2), el pasaje 2:4-10 sería una consecuencia para todos los bautizados en forma corporativa.

b) J. H. Elliot⁴ estudiando este pasaje ha llegado a conclusiones muy importantes:

- i. Cada miembro de la iglesia cristiana tiene una función sacerdotal derivada del sacerdocio de Cristo.
- ii. Se habla aquí de la *elección en forma corporativa* (cap. 2:3, 6, 9).
- iii. No son funciones individuales de cada uno de los miembros por separado de la comunidad.
- iv. Tampoco lo es de las funciones individuales dentro de la comunidad o de la comunidad con respecto a sus miembros individuales sino, primeramente con el mundo exterior (2:9).

3. La corporatividad del sacerdocio se manifiesta en sacrificios espirituales o en virtudes

a) Los sacrificios espirituales no son de ninguna manera actitudes cúllicas o manifestaciones no concretas. Son situaciones comprometidas en momentos concretos de la vida. Después de 2:10, sistemáticamente aparecen los deberes de los servicios hacia afuera.

b) La corporatividad del sacerdocio impulsa los servicios hacia afuera. Esto podemos verlo en la estructura literaria de la carta a partir de 2:10 (aunque ya hay alusiones en 1:1 - 2:3). Mencionamos 2:13-17, los deberes hacia las autoridades; 2:18-20, los deberes hacia los *patrones* con un ejemplo de Cristo; 3:1-6, los deberes de las esposas con sus esposos paganos; 3:7, los deberes de los esposos; 3:13-17, la actitud en la persecución; 4:1-6, la actitud del sacerdocio corporativo con respecto a las costumbres paganas; 4:12-19 el gozo en la persecución.

4. Los ministerios especiales dentro de la Iglesia

Esto puede deducirse de la carta. Hay alusiones directas o indirectas.

a) *Profetas*: 1:10. Se puede entender como un ministerio cristiano.

⁴ J. H. Elliott, *The Elect and the Holy: An exegetical examination of 1 Peter 2:4-10 and the phrase "Basileion ierateuma"*, Supplement to Novum Testamentum, XII, Leiden, 1966.

b) *Evangelistas*: No hay gran diferencia con los profetas. Según 1:25 se habla de que la buena nueva les ha sido anunciada por los continuadores. Los evangelistas tienen igual una relación hacia afuera.

c) *Diáconos*: 4:10 s. Aquí se abarcaría toda clase de obra cristiana exceptuando la predicación.

d) *Presbíteros*: 5:1-3. Es un ministerio bien definido con poder de dirección determinado y pleno en la comunidad dentro de un sistema patriarcal.

e) *Jóvenes*: en 5:5-11 aparece este tipo de ministerio supeditado a los presbíteros.

Hay que tener en cuenta que los ministerios especiales son de servicio hacia adentro en I Pedro. Se rompe con el molde de Israel donde el ministerio sacerdotal era privilegio de algunos para una comunidad encerrada en sí misma. En ningún lugar de la carta aparece el "sacerdote" del AT o del judaísmo. En el NT tampoco hay sacerdotes cristianos al estilo del AT. Cuando aparece la palabra sacerdote no se refiere a los cristianos. Sí, en cambio, hay un sacerdocio especial que realiza la misma iglesia en su corporatividad, no para sí, sino para la sociedad no bautizada.

5. Conclusiones

a) El bautismo incorpora a los hombres a la Iglesia de la única piedra viviente, Cristo el Señor.

b) El bautismo, al incorporarlos, los hace *peregrinos y extranjeros*.

c) Esta incorporación los hace pertenecer a un *cuerpo de sacerdotes*. Se trata de una comunidad sacerdotal. No hay uno que ofrece por todos, sino una *comunidad de elegidos* que ofrece sacrificios sacerdotales por otra comunidad que ha desechado a la piedra viviente.

d) Los sacrificios sacerdotales son concretos: conducta hacia el exterior, aunque no se descarta la interioridad —propia del amor.

e) Hay oficios o ministerios dentro de la comunidad que ayudan a esta comunidad a sobrevivir la peregrinación pero que, en última instancia, no son un fin en sí mismo sino más bien una forma interna de hacer que ese cuerpo de sacerdotes sacrifiquen —en forma corporativa— para el exterior en las formas concretas de la vida diaria en el lugar y ocasión en que se encuentra dicho cuerpo.

III. MINISTERIO PASTORAL: CUIDADO DE PERSONAS ⁵

Predicar, enseñar y las tareas administrativas deben ser integradas en un solo centro: el profundo deseo de ayudar y cuidar a la gente en toda clase de situaciones. Un pastor es, esencialmente, alguien que se preocupa por las personas.

El pastor necesita entender el sufrimiento del alma humana, aconsejar y dar fuerza a los hombres y mujeres para resolver las tensiones conflictivas y ayudarles a buscar un camino de fe a través de su angustia y confusión.

⁵ Resume el trabajo presentado por el pastor dr. Daniel Tinao.

La visión del cuidado pastoral protestante comprende a la iglesia en sí misma tanto como al ministro y al pastor, como un sirviente de sirvientes. Es parte del servicio pastoral de la iglesia.

El ministerio no es el trabajo de un hombre sino el trabajo de Dios. Debe aprender el pastor a confiar en la fuerza y la guía del Espíritu Santo. La fe debe llegar a ser el vocabulario de la existencia del ministro.

1. *Su autoridad*

¿Cuál es la base de autoridad para presumir cuidar de otros? No la tiene ni por su extracción social, ni por su educación, sino por el hecho de que es un representante de Dios.⁶ Una autoridad que le viene por medio de la Iglesia y la Escritura.

Su autoridad será reconocida en la medida que perciba las dificultades espirituales del hombre y le haga conocer a Dios en tal situación. En ese sentido se espera de él una preocupación tanto comunitaria como individual.

2. *Sus recursos*

Cuatro, al menos, deben mencionarse:

a) *Sana personalidad*. Una sana personalidad es muy importante para la eficacia del trabajo pastoral.

b) *Vida espiritual*. Es obvio que el pastor necesita clarificar su propia experiencia de conversión y llamado. Pero, a fin de ser efectivo en la difícil tarea de llegar a otros, necesita tener el sentido de dependencia de los recursos espirituales. Sin horas de una regular meditación y oración, la voz del pastor puede transformarse en monótona y el poder de su espíritu languidecer y cansarse.

c) *Conocimiento técnico*. ¿Qué educación es necesaria para el servicio del hombre de hoy? Dice P. Johnson: "El pastor debe ser eficaz en su trabajo hoy en día, necesitará más conocimiento que antes. Necesitará entender los problemas humanos y las complejidades sociales de nuestro tiempo, no sólo como si ellas fueran de otros tiempos históricos o lugares, sino porque ellas están presentes en el mundo que hoy vivimos. Las ciencias del hombre son tan esenciales para la educación pastoral como las ciencias de Dios, en las que el pastor tratará de crear una conexión entre el hombre y su Creador".⁷

d) *Entrenamiento y experiencia*. La educación clínica se ha desarrollado en algunas partes como parte de la práctica teológica. Los estudiantes deben practicar su ministerio pastoral en una relación "cara a cara" tratando de extraer el significado de la existencia humana y descubrir los mejores recursos espirituales apropiados para sus necesidades específicas.

⁶ Oates, Wayne, *The Christian Pastor*, Philadelphia, The Westminster Press, 1964, pág. 45.

⁷ Johnson, Paul, *Psychology of Pastoral Care*, New York, Abingdon Press, 1953, pág. 275.

3. *Su comprensión del hombre*

"Todas las confusiones en el cuidado pastoral tienen raíz en una distorsionada o falsa comprensión del hombre".⁸ Una visión del hombre es crucial en la práctica pastoral y determinativa de su método.

Partimos de la doctrina bíblica del hombre. Creado a la imagen de Dios, se rebela contra su creador queriendo vivir alejado de El. Entendemos al hombre como una unidad tal como lo testimonian las Escrituras. No es cuerpo y alma, sino "cuerpo animado". Es una criatura social. Como criatura de Dios tiene una obligación de lealtad y obediencia hacia El.

La idea de pecado introduce la noción de "perdición", de estar alienado no sólo de sí mismo y del otro, sino de Dios. El arrepentimiento significa un cambio de mentalidad, particularmente, acerca de uno mismo. A partir del momento que se quiebran las defensas individuales, el hombre comienza a "cambiar de mente".

Dios confronta al hombre ante Jesucristo y cuando la respuesta es la fe, el poder que Dios mostró en la Encarnación, se transforma en el poder para la liberación del hombre de la culpa, la ansiedad y la hostilidad.

4. *La comprensión de la problemática social*

Afirmamos: el ministerio está indisolublemente unido e identificado al ministerio de la Iglesia. Por tanto, su esencia misma es entregarse en servicio con la responsabilidad de descubrir qué significa esto en cada momento histórico. La Iglesia nace bajo la advocación de la muerte y la resurrección de Jesucristo y existe, permanentemente, en la paradoja de expresar su muerte y resurrección. Posiblemente la figura del crucificado invalida toda idea de éxito de acuerdo con los cánones tradicionales.

Hay una polaridad permanente. Hay tensión en cada época. Por un lado, los recursos y la abundancia de Dios, la iglesia como instrumento histórico de su gracia y plenitud; por otro lado, las necesidades y miserias humanas, las situaciones concretas angustiantes y paradójales, la necesidad de concretar los recursos de Dios en formas que "rediman" y "salven" en el sentido más fundamental de la palabra.

La época actual demanda un ministerio total para un hombre total. Hemos presentado el Evangelio fragmentado y sirviendo a una clase, a una raza o a un aspecto determinado de lo humano.

Además, la época actual confronta al pastor con la necesidad de concebir su ministerio más en términos de servicio y acción social que de organización o estructura eclesial.

Finalmente, hoy le imponen al pastor una mayor interacción entre la iglesia y la cultura preponderante; entre la teología y la técnica. La relación interprofesional debe ser reinterpretada y el pastor necesitará más y más diálogo constructivo y fecundo para no producir dicotomía en el hombre a quien sirve y en sí mismo.

⁸ Thurneysen, Eduard, *A Theology of Pastoral Care*, Richmond, John Knox Press, 1962, pág. 66.

5. *Su método*

El primer aspecto a considerar es el carácter del lenguaje del encuentro interpersonal. El trabajo del pastor es una vocación interpersonal. "Viene a ser como un amigo o un compañero cristiano antes que un sacerdote o alguien espiritualmente deseado, y es a través de una directa y personal relación que busca ser de ayuda".⁹

Si las relaciones interpersonales son las llaves del trabajo pastoral, el pastor deberá dedicarse a la tarea de acercarse a la gente con profunda simpatía en sus alegrías y tristezas. "La verdadera obra pastoral no termina hasta que no ha transformado la Palabra olvidada, en lo hondo, en la fuerza del espíritu; y el pastor ha puesto al hombre otra vez bajo el poder curador de la Gracia".¹⁰

IV. MINISTERIO MULTIPLE EN MEDIO DE TENSIONES¹¹

1. *La crisis*

La crisis del ministerio pastoral es uno de los problemas abiertos en las comunidades de hoy. Podemos hablar de "legiones" de ex-pastores y, sin embargo, no se conoce ninguna iglesia que piense lisa y llanamente en eliminar el ministerio pastoral. Se escuchan críticas de ambas orillas. Los pastores no son tan consagrados como antes ni tienen tanta eficacia. Estudian demasiado, viajan mucho más. No se entienden sus predicaciones, se escucha decir a las congregaciones. Pero también los pastores lamentan las condiciones en que deben desarrollar su ministerio, la falta de apoyo, la frialdad de los miembros.

No se trata de buscar culpables a una situación que, en sí misma, es la que lo genera. El malestar continuará. Siempre será más difícil cumplir el ministerio pastoral y más fuertes y continuas serán las críticas de las comunidades.

Después de todo: los grupos o comunidades cristianas tienen los pastores que merecen. Los pastores cambiarán cuando cambien las comunidades porque son lo que las comunidades hacen de ellos. Habrá un nuevo tipo de pastor en la medida que se tenga un nuevo tipo de comunidad.

2. *Misión de la Iglesia*

Para saber el tipo de pastor que necesitamos debemos responder a la pregunta acerca de la misión que les corresponde a las comunidades cristianas en esta sociedad.

⁹ Oates, Wayne, *op. cit.*, pág. 31.

¹⁰ Thurneysen, Eduard, *op. cit.*, pág. 67.

¹¹ Resume el trabajo presentado por el pastor Carlos Delmonte.

Si comparamos el ministerio, tal como se da hoy con el de la época de la Reforma, notamos que lo único que se mantiene sin cambios es el título de "pastor". En el siglo XVI el pastor se encuentra en una situación muy definida. Tiene que anunciar la Palabra, enseñar, corregir a los miembros en la función pública o privada, administrar sacramentos. Muchas cosas han cambiado desde entonces. Quizás algo conservan aún las congregaciones rurales, pero en las congregaciones urbanas, donde la situación es completamente distinta, no se puede aplicar el mismo esquema. Entre el pastor de aquella época y el actual no hay más relación que la que deriva del nombre con que se designa al ejercicio de su función. El pueblo cristiano no existe más. La Iglesia vive en situación de diáspora y, en fin, todas estas consideraciones se tornan innecesarias cuando se habla de cosas que se viven todos los días.

3. *La tarea del pastor*

A cargo de una o varias congregaciones el tiempo del pastor debe dividirse en una serie amplia de actividades. Tiene un trabajo de oficina que llevar a cabo que incluye correspondencia, preparación, lecturas. Tiene que visitar. Tiene que dirigir reuniones de estudio, de comisión. En caso de trabajos en zonas rurales debe derrochar enorme tiempo y energías en viajar de una comunidad a otra.

Pensando específicamente en la tarea rural nos preguntamos acerca de la tarea del pastor. Sólo en comunidades inquietas los pastores están en crisis. En las comunidades rurales reina "la calma chicha". Así la crisis se mete por la ventana o ataca tangencialmente la vida y la función pastoral.

En el plano general y teórico habría que decir que, mientras los estudiantes luchan por no llegar a ser funcionarios y mantener una vocación "laica", es decir, por meterse en aquellas funciones que corresponden a la realidad social que enfrentan las comunidades, los pastores jóvenes tratan de enfrentar la función —ese abrazo asfixiante de la iglesia que espera el fin del estudiante para convertirlo en dirigente— asumiendo una actitud de denuncia. Una denuncia, así llamada profética, tratando de mover hacia algún lado, aún incierto, a nuestros grupos humanos que forman la Iglesia. Por su parte, los pastores ya mayores, tratan desesperadamente de no llegar a ser meros burócratas eclesiásticos, manteniendo el ritmo de las actividades y no resignándose a escribir informes, predicar sermones y sentirse tranquilos por ello.

En una palabra: se quiere ser laico y la iglesia lo hace sacerdote. Se quiere estar donde se "siente el olor a pólvora" y se ve recluido en el escritorio haciendo listas de donaciones siempre más interminables. De allí que, definir la función del pastor hoy, parece tarea imposible.

4. *Un ministerio múltiple*

Cumplir todas las tareas que se espera del pastor como orador, psicólogo, educador, administrador, animador, etc., deviene en una posibilidad inhumana. Como, por cierto, no puede llenar estas funciones vive en una tensión insoportable.

Algunos piensan que creando "grupos de interés", una suerte de pequeñas comunidades con ministerios precisos en situaciones precisas y desdoblado la función asignada hoy al ministerio pastoral en el trabajo de los laicos, la situación estaría resuelta en parte. Al menos aquí hemos colocado el problema en su recta ubicación. Se trataría de decisiones comunitarias. Las parroquias actuales deberían dividirse en varios grupos concretamente configurados y empeñados. En ellos los dones de cada miembro deberían encontrar su natural expresión. Esos grupos deberían tomar sobre sí responsabilidades que hoy pesan sobre el pastor. La función del pastor sería entonces formativa. Perdería así el actual monopolio de las actividades de la comunidad tal como está estructurada actualmente. Aun queda flotando la pregunta si esto puede darse en las comunidades actuales.

5. *Ministerio pastoral en situaciones concretas*

¿Cómo ser pastor hoy en la América Latina?

Pensemos en la predicación. Será una función rutinaria, difícil ver el blanco hacia adónde apuntar. Pero el valor de la predicación hoy está dado en la lucha franca por encontrar el camino señalado por el Espíritu.

Pensemos en la enseñanza. Hay que enfrentar al grupo de jovencitos en el catecismo que están más preocupados por el problema sexual que por la oración. ¿Cómo hablarles a las miradas perdidas en el cielorraso? Pero el diálogo puede encenderse y volverse confrontación de las diversas formas de entender y de vivir la fe.

Se ha descrito en forma general la tensión que se vive como pastor. Será quizá cierta ambigüedad, cierta imposibilidad de tomar decisiones más precisas, será falta de personalidad o serán otros factores los que nos hacen vivir esa tensión. No obstante esa tensión es simplemente esperanza. En esa tensión está la riqueza de la situación latinoamericana, porque se ve a los más jóvenes que están comenzando a participar de esa esperanza; porque es mucho más positiva la actitud de aquellos realmente empeñados en esa lucha por el mejoramiento de la sociedad. Allí hay lugar para los pastores. Se les escuchará si se ganan el derecho a ser escuchados, si se comprometen en el servicio a los demás. Cada experimento, cada riesgo, cada tentativa de cambio es posible, porque se trata de tener la osadía de creer y esperar.

Las comunidades de las iglesias seguramente estarán esperando otra cosa: un cumplimiento pulcro de las actividades tradicionales en un marco de sobriedad. Ninguna comunidad admitirá que sus pastores esperen su renovación, su compromiso político y social, su empeño concreto en la lucha por un cambio y por la defensa de los menos privilegiados. Se propone una actitud de resistencia esperanzada. Hay que esperar el mañana con fe sin convertir al púlpito en el lugar del "rezongo". Se trata de vivir y trabajar donde todo parece oscuro y chato, esperando en la Palabra de Dios allí donde todo parece mudo.

MOMENTOS DE DIALOGO

Dr. Tinao: Enfatizo el ministerio pastoral como un ministerio de relación interpersonal, principalmente el encuentro de un hombre que, con una fundamentación teológica especial, siente la vocación de

servir a otros a través de una diversidad de actitudes y caminos. Creo personalmente que es exagerado el papel de la predicación en algunos períodos de la historia; en otros, quizás lo sean la actitud litúrgica o diferentes aspectos del ministerio pastoral. Hoy necesitamos un nuevo enfoque, de evaluación. Cuando estudiaba en el Seminario el énfasis era la oratoria, incluso hacíamos concursos para ver quién predicaba mejor. Hoy, al muchacho que está en el Seminario, no le interesa ni la oratoria, ni la retórica.

Hay también una cuestión que me parece importante: la formación del pastor. Trabajo en un Seminario como profesor y allí estamos corrigiendo el "currículum" todos los años; reestructurando y cambiando todas las materias y la pregunta es siempre ¿cuál es la mejor preparación para un pastor? Hay quienes colocan, en primer lugar, todo lo subjetivo: su experiencia religiosa, sus visiones, sus reflexiones interiores. Otros enfatizan su preparación académica. Pero hoy, cada vez más, se enfatiza el factor de la *personalidad* del pastor, que es finalmente la herramienta de trabajo. Por eso destaco la "salud" de su personalidad, su armonía, su equilibrio, la solidez de su punto de mira; su tendencia o no a la desestructuración; su depresión melancólica o su ansiedad. Menciono la "salud" de la personalidad como elemento destacado pero teniendo detrás lo subjetivo, el conocimiento técnico o académico.

Finalmente, otra cosa que nosotros estamos enfatizando mucho en el Seminario es el "entrenamiento práctico", es decir, la preparación situacional asociada a la experiencia. No solamente hay que conocer la Biblia y el mensaje, hay que conocer al hombre y a la sociedad y los caminos de la comunicación, que no son exactamente la predicación y configuran una gama variada.

Concluyo que lo importante es una comprensión del hombre entendiendo los aspectos psicológicos y teológicos y luego la comprensión de la problemática social. Aquí está la diferencia que la época imprime al ministerio pastoral. No creo que haya una sola formación o un solo tipo de pastor válido para todas las épocas o situaciones sociales. Cada época y cada sociedad están exigiendo un "tipo" de pastor desafiándole con una problemática que le obliga a ajustarse a ella. Esto determina la comunicación, el método en la predicación, en la obra social, en el ministerio litúrgico o en la cura de almas.

La pregunta que me ha preocupado sobre todo es la de la validez del ministerio pastoral y del ministerio de la Iglesia. Asistimos al surgimiento de una cierta cantidad de instituciones de servicio, de canales dentro de la Iglesia, que están poniendo en duda la vigencia y la validez de la Iglesia, por lo menos en su estructuración tradicional. Todo cambia pero la Iglesia sigue con una estructura y un esquema muy tradicional. Si uno quiere meterse en un lugar donde se tiene la sensación que el tiempo se ha detenido, debe meterse dentro de una iglesia.

Entiendo que nuestros pastores y nuestras congregaciones están esperando una orientación. Están esperando un poco más de consenso para romper esos moldes, vérselas con algunas estructuras tradicionales, animarse a cambiar algunas cosas de la liturgia. Tengo más

de diez años como pastor y cada vez que he intentado cambiar algo en la iglesia, he tenido siempre objeciones, aun en pequeñas cosas. Cuando quiero romper la costumbre litúrgica aún enfrento el choque de la congregación. Por otro lado, estoy enfrentando ciertas limitaciones porque entiendo que no tendría sentido que cambiara las cosas si el pueblo no me sigue, si la gente no comprende la dinámica que hay detrás de ese cambio.

Todo esto comporta un panorama que todos vivimos y de cuyas respuestas dependerá la orientación del ministerio en el futuro.

R. Pietrantonio: He tratado de hacer un estudio de la primera carta de Pedro. Me limité a lo que allí se dice. Quizá mi única elaboración personal haya sido el enfoque, la metodología para estudiarla, aunque no creo que sea una posición estrictamente personal. Lo he tomado como un muestreo, un enfoque del ministerio pastoral. Me gustaría llamarlo "sacerdocio corporativo de los bautizados y ministerios eclesiásticos". Ese título sería más justo que hablar de sacerdocio de los creyentes. Puesto que esta expresión es muy individualista quiero subrayar el carácter corporativo del sacerdocio. Es decir, como miembro de un cuerpo, representándolo, con funciones específicas.

Llegué a la conclusión que la Epístola, a través de su estructura, nos muestra cuáles son los sacrificios espirituales del sacerdocio corporativo y que, a mi modo de ver, son "hacia afuera" no "hacia adentro". Se trataría de la diaconía teniendo en cuenta la iglesia y lo que no es la iglesia, pero siempre "hacia afuera". Se trata del ministerio de la iglesia y no el ministerio pastoral.

Me parece que muchas de nuestras interpretaciones del ministerio pastoral están centradas en el pastor y no en la iglesia. No hay ministerio eclesiástico sin congregación, sin asamblea. Es decir, hay un llamado a esa gente para cumplir cierta función interna para la propia edificación del "cuerpo", para que después el "cuerpo" trabaje "hacia afuera". Dentro de esta perspectiva no podría existir un pastorado fuera de la comunidad. Se es pastor sólo dentro de la comunidad.

Por otro lado, veo que el ministerio eclesiástico no es solamente el pastorado, también está la profecía, que evidentemente tiene una función crítica, aun cuando sea interna.

Deberíamos contemplar estos aspectos ya que nosotros tenemos "pastor" y han desaparecido, prácticamente, otros oficios internos en las iglesias.

D. Tinao: El pastor ¿es de su congregación, de esas treinta o cuarenta personas que lo llaman así? o ¿lo es, en algún sentido, de la comunidad fuera de ese pequeño núcleo? Creo que es muy importante responderlo por la autoridad que el pastor se arroga.

R. Pietrantonio: Aquí creo que lo es solo de la congregación. Puede ser que su oficio quede limitado como presbítero, pero no como sacerdote corporativo. Lo que sucede es que hoy es muy difícil aplicar lo dicho al momento actual. Primero, porque la congregación ha dejado todo prácticamente en las manos de una per-

sona para hacer ese tipo de trabajo que lo ha convertido en un profesional y, luego, las comunidades eclesíásticas no se distinguen suficientemente de su contexto. Tiempo atrás podrían serlo por ciertas posturas o valores culturales. Pero esto no la distingue necesariamente como cristiana a una comunidad. Un sacerdote ¿de quién se puede considerar sacerdote? Pues, de toda su parroquia, porque no puede delimitar a los que vienen a la Iglesia porque sean bautizados.

La situación histórica actual cambia bastante esta perspectiva, aunque pienso deberíamos recuperarla para la iglesia.

H. Ortega: Cuestiono, a través de la experiencia metodista, que la iglesia, en la forma tradicional en que la conocemos en nuestro contexto, esté respondiendo a la presencia de Dios en nuestro mundo. Puede ser éste el trasfondo teológico de todo mi trabajo. Así, por ejemplo, establezco una diferenciación entre "institución" e "iglesia". Cuando quiero hablar de institución, a veces la llamo iglesia, pero entonces la pongo en letra minúscula y entre comillas. Cuestiono bastante la presencia de comunidades cristianas que, en este momento, se abastecen espiritualmente en el culto como Iglesia de Jesucristo, como iglesia que está cumpliendo una función.

En cuanto al pastor, he insistido que no se distingue por su fidelidad a una profesión sino por su fidelidad a Dios en el mundo. No se trata de un ministerio hacia una institución o grupo de personas. Me parece que, indagar acerca de la fidelidad de un pastor, no es tratar de indagar la fidelidad de un hombre hacia una institución, sino de indagar finalmente la fidelidad de un hombre que está abierto para con Dios pero puesto al servicio del mundo.

Me parece que en nuestro tiempo tenemos que estar pensando en un pastor, en un pastorado para la Iglesia Latinoamericana. Me resulta muy incoherente ser cristianos y que Tinao sea un bautista, Pietrantonio un luterano y Delmonte un valdense y yo, un católico pasado por las aguas metodistas y finalmente afianzado en la tradición evangélica. Me parece estar faltando a la fidelidad del Evangelio y, por eso, a través de toda mi presentación resalta la preocupación por una presencia de Dios en el mundo. Finalmente, detrás de todo, está la idea que nosotros tenemos que constituir una Iglesia en América Latina.

R. Pietrantonio: En términos generales coincido con muchas de las apreciaciones de Ortega, pero me parece que se está desencajando al pastor, al hombre, de la comunidad cristiana. Me parece que falta una eclesiología global para encajar luego al pastor.

H. Ortega: Todos tenemos un grupo de pertenencia: bautista, luterano, valdense, etc. Pero, en este momento, hay otro nuevo grupo de referencia, que es una nueva Iglesia en un nuevo pueblo en América Latina. Cada vez más se está volviendo, para mucha gente, el grupo de pertenencia. Estamos viviendo el surgimiento de una "tercera iglesia para un tercer mundo", lo cual tiene una cantidad de cosas muy felices y otras muy peligrosas. Quisiera acentuar las cosas felices

ces. Creo que uno no puede moverse como pastor a solas sino perteneciendo a una comunidad y, en este momento, se está viviendo el nacimiento de una nueva comunidad cristiana en América Latina.

D. Tinao: Entiendo eso pero, lo que algunas veces es peligroso y no comparto, es ese énfasis desmedido en que Dios está operando al margen de la Iglesia, o que las Iglesias tradicionales han caducado. Entiendo que la Iglesia no es, desde luego, cada una de las denominaciones, que hay un movimiento entre ellas y que la Iglesia universal comprende todo esto. Pero, tenemos que aproximarnos a este fenómeno en una forma constructiva. Tenemos un movimiento espiritualista por un lado, un movimiento de renovación teológica, muy intelectualista, movimiento de corte social, surgen grupos que se reúnen en las casas o en cualquier parte y creo que eso es parte de la Iglesia de Jesucristo. Hay que buscar una conjunción, un diálogo y salir de ese estricto sentido localista que hemos tenido de la iglesia.

H. Ortega: Pero, a lo largo del continente, como observador y participante de varios intentos de ese tipo, uno observa que ocurre algo así como con la mariposa. Deja un poco el cascarón que le sirvió por un buen tiempo y con el cual no hubiera podido volar. Y ese fenómeno de transformación o resurrección está ocurriendo en América Latina y mucho me temo que nosotros queremos dejar de volar por acentuar la vida dentro de la cáscara.

C. Delmonte: Mi reflexión partió de la realidad y no de la teoría. Traté de tomar la realidad tal cual es y elaborarla luego a través del pensamiento.

Acentúo la situación de crisis que se da en todos los órdenes y cómo afecta a la función pastoral. En medio de esta crisis destaco, además, la alienación en que vive el pastor. Una alienación que corresponde, ni más ni menos, a una alienación de la comunidad en medio del ambiente en que se inserta. Nuestras iglesias no son centro de renovación sino que son grupos que están frenando todo intento de cambio que favorezca, por ejemplo, en una estructura rural, a los desposeídos, que son aquellos con los cuales la comunidad cristiana está viviendo. Entonces, al ser así un freno para el cambio, me pregunto: ¿cuál es la misión de la Iglesia de acuerdo a todo lo que he recibido de Jesucristo y a su razón de ser? Lamentablemente la función de la Iglesia se reduce a una vida involutiva, es decir, a encontrar su razón de ser dentro de su propia estructura, donde el pastor es un individuo que debe hacer de todo y finalmente no hace nada. En pocas palabras: no puede ser promotor de cambio.

Trabajo en una comunidad rural y veo que en esa comunidad estoy forzando a la gente a entender su propia contradicción, que consiste en esto: la estructura económica de su vida se opone básicamente a su expresión de cristiano en el lugar en que vive. El creyente es cristiano solamente cuando está dentro de la iglesia, más concretamente: participando del culto. Cuando salen de ahí cada uno de los miembros no es la comunidad dispersa obrando como fermento en la sociedad, sino que es parte de esa comunidad económica que

los engloba, que los aplasta y tiene que estar defendiéndose o atacando a aquel con el cual estuvo compartiendo el culto. Todo, por un condicionante externo que es la estructura capitalista de nuestra sociedad. Entonces, mi perspectiva es que el pastor debe ser la persona que tiene que provocar el cambio, sabotear la sociedad capitalista por medio de la predicación, de su trabajo, de la confrontación con el otro. Tiene que llamar al otro a una reflexión crítica de la situación en la que se encuentra. Partiendo de allí se dará cuenta que esa situación es tremendamente difícil porque aquellos que son mayores víctimas del sistema son los que más lo defienden y atacarán al que ponga en tela de juicio su situación.

Pienso que al pastor no le queda otra alternativa que seguir haciendo ese trabajo guiado por la esperanza de la llegada del Señor. Esta sociedad junto con la Iglesia ¿se renovará un día? Creo que sí. Esa es mi esperanza, aunque ahora tengo pocas posibilidades de creerlo a base de la situación en la que me encuentro. Tomando en cuenta esta esperanza pienso que este proceso resultará, en última instancia, en lo que la Biblia nos demuestra, no sólo en la personalidad de Jesús, sino a través de toda la historia de la salvación, es decir, la muerte y la resurrección. La muerte de una Iglesia que se va a fundir junto con una sociedad capitalista que está en profunda crisis y la resurrección de otra Iglesia, que va a nacer con otra conformación, quizás unida, donde perderemos nuestra identidad de valdenses, luteranos y demás, allí vamos a encontrarnos finalmente construyendo, no solamente una nueva comunidad eclesial, sino una nueva comunidad humana.

D. Tinao: ¿Cómo concilia la acción individual, que ha sido lo tradicional, es decir, la predicación al individuo para que se convierta, para cambiar al hombre y el compromiso social? Aparentemente aquí se impone algún tipo de trabajo y de desafío a las estructuras, al sistema. Tradicionalmente, el énfasis sectario ha sido siempre convertir a la persona y esperar luego a que ella, de alguna manera, obre en la sociedad. ¿Estás pensando en dos niveles simultáneos o estás enfatizando lo social?

C. Delmonte: No hay que desaprovechar ninguna oportunidad. El tiempo para hacer este tipo de trabajo es bastante corto. El pastor no puede desperdiciar ninguna oportunidad de conflictuar al otro en su situación con la Iglesia y con la sociedad. Un poco el resultado de la situación que debemos enfrentar es justamente esa predicación individualista que ha mantenido la comunidad a través del tiempo. El individuo es básicamente egoísta. Lo que le interesa es estar en buena relación con Dios y lo demás no le preocupa. Aplica, esa dimensión individual, ese sentido de defensa, no a la manera cristiana que la Iglesia trató de transmitirle como fermento. La Iglesia le dio armas para permear la sociedad y las usa para defenderse de la sociedad.

Pensemos, por ejemplo, en la falta de fraternidad que existe entre dos vecinos. A uno le cayó granizo en la cosecha y se la deshizo. Al otro nada le pasa. Este último piensa que aquel debe arreglárselas como pueda, a él nada le pasó. Eso se da dentro de mi propia comunidad cristiana donde los dos se sientan juntos en el

culto y participan de la Santa Cena y se comportan luego de esa manera. Entonces ¿cómo hacer para que ellos dos reaccionen de una manera más coherente? Sin embargo, no pueden reaccionar de una manera más coherente porque dentro de la sociedad en la que están, cada uno tiene que defender lo que es suyo a causa del condicionante económico de la estructura en la cual están inmersos.

Por medio del trabajo pastoral hay que atacar, no solamente al individuo en sí, al que en realidad yo no ataco ni atacaría porque no es culpable de la situación sino que la ha heredado —sino a toda esa estructura mental, cultural, política, social, que conforman la realidad de la cual el individuo no puede salir.

H. Ortega: Me parece que estamos trabajando con dos imágenes del pueblo de Dios. Creo que Delmonte está trabajando con imágenes de Ezequiel, pensando en que todo va a concluir en un valle de huesos secos y está trabajando con esos huesos hasta que se sequen, esperando la voz final del Señor. Creo que yo estoy trabajando del otro lado, del lado del remanente. El remanente ve la nueva situación, quiere sumergirse en ella, posiblemente con mucha humildad y con mucho temor aspirando a ser, en algún momento la señal de Dios en este tiempo.

Me parece que ambas cosas se dan en la historia de la Iglesia y en la historia bíblica. Uno puede tener tanta fidelidad siendo pastor para un tipo de pueblo de Dios como para otro. Lo que Delmonte menciona, la desesperanza de cambiar a una gente cuya traba es el sistema, el sistema en el cual nosotros estamos viviendo, debe ser remarcada con todo el dramatismo que sea posible porque eso es dirigirse a huesos secos. Ese ministerio no tiene vigencia. Uno siempre algo que no dará cosecha. Y, sin embargo, me doy cuenta que es válido, que hay que hacerlo y que, tal vez, es parte de la dicotomía de la Iglesia. Lo importante es que, trabajando en dos rumbos distintos, ambos tenemos una misma apreciación de la situación.

C. Delmonte: Al fin de cuentas ¿qué pertinencia tiene aquello que uno dice desde el púlpito en tanto es una utopía para esa gente que luego tiene que arreglárselas como puede en las situaciones que enfrenta? La diferencia está entre una lucha provocadora de una crisis que posibilite algo nuevo o la lucha mediatizada que realmente sólo tira para sí y nada más. El pastor, en esa situación, tiene que optar por una predicación, por un planteo —si me apuran, por una política— que lleve a conflictuar a la persona y a hacerle entender que lo que sufre es una situación de injusticia que no sólo siente él sino todo el país.

D. Tinao: Pero, la fe individual, es decir, la resistencia pasiva o la acción de un creyente de mi congregación ¿cómo se refleja? ¿hace mella? ¿hasta dónde no necesitamos algo que le ayude a salir en parte de su situación? Porque justo es reconocer que él no va a cambiar la política ni el mundo.

C. Delmonte: El solo no, pero sufre la situación. Debería entender, primero, por qué la sufre; después, le correspondería elegir. Hoy un individuo solo no hace nada. Se acabó el tiempo de los Gandhi,

los Luther King. Es necesario un grupo donde aglutinarse para oponerse a situaciones creadas por otros grupos de poder o, de lo contrario, todo el sistema socio-político de la estructura actual está llevando a que, individualmente, yo pueda ser usado, en caso de que llegara a molestar me callarían.

R. Pietrantonio: Delmonte afirma que nuestros conflictos provienen de la sociedad y creo que tiene cierta razón porque la sociedad nos impulsa a ciertas cosas. Inclusive esto lo encuentra uno en el Libro de los Hechos. La primera experiencia tan significativa que menciona el capítulo 2 de compartir todo, luego, desaparece prácticamente del libro y no se la vuelve a mencionar. Creo que el mensaje cristiano reconoce el aspecto social y la necesidad de una renovación, pero lo hace sin ingenuidad, sin identificarlas indebidamente.

W. Villalpando: Hasta dónde ha sido posible he tratado de encontrar algunas líneas comunes y quisiera indicarlas.

A la primera la defino en virtud de polos o diferentes menciones. Uno de ellos es una aceptación del pastor dentro de una estructura eclesíastica y, a su vez, la aceptación de esta estructura como una estructura anquilosada en la que el pastor muchas veces aparece como una especie de vagón de carga y en la que se encuentra —y aquí viene el polo opuesto— ante la necesidad de transformar esa estructura, de pasar a la vanguardia y no ser solamente un apéndice.

Creo que estas son líneas comunes dentro de todo lo expresado. Especialmente en Tíno, que lo menciona al principio cuando se refiere al hecho de la resistencia al cambio de las congregaciones.

La segunda línea creo que es más un modo de interpretación que se vio en dos exposiciones (Tíno-Pietrantonio) frente a las otras (Ortega-Delmonte). Las primeras no fueron ajenas al sentido del conflicto base o esencial de la Iglesia, pero ese conflicto se vio atenuado, en cierto modo, por términos un poco secundarios. Más que de conflictos se trató de hablar de problemas, de dificultades, de obstáculos a salvar. Pero en Ortega y Delmonte la cuestión se dio como algo dramático. Allí no se habla de problemas sino "del problema", "del conflicto" y, en el caso de Delmonte, su recomendación final fue algo así como el sabotaje como parte de la acción pastoral. En un momento dado escuché un lenguaje distinto. En el de Tíno se presupone cierta armonía, cierta especie de puente entre la Iglesia tradicional y la Iglesia actual; en el lenguaje de Delmonte y Ortega hay un tono de ruptura.

La tercera cuestión a señalar es el problema del hombre. Se vinculó el trabajo del pastor con un trabajo de inmediato contacto humano. Para Tíno la acción pastoral se ejerce con un hombre que es, ante todo, un individuo al que, fuera de todo contexto, hay que prestar ayuda y en eso reside la cura de almas. Luego, el hombre aparece como un ser oprimido socialmente, en el que, si existe una cura de almas es una cura social pero no individual. Tal vez estoy exagerando, pero esa fue la tendencia.

Creo que las dos versiones son humanistas pero pienso que hay un énfasis bastante distinto y es una dimensión muy dramática de la labor pastoral.

La cuarta cuestión fue dada por Ortega cuando hacía referencia a esa doble definición de la Iglesia. La Iglesia que trabaja con los "buenos" y la Iglesia del "remanente". En las dos exposiciones aparentemente vinculadas (Ortega-Delmonte) surgen dos criterios o modos distintos de operación. En el caso de Delmonte se agudizan las contradicciones empleando una terminología definida. En el lenguaje de Ortega hay una versión distinta. Me pareció más positivo el lenguaje de Ortega, ya que habla de un "remanente" con el cual trabajar y romper con todo el resto. O sea, lo demás prácticamente no existe y, si existe, no me importa.

Cuatro subtemas estuvieron rondando:

- La Iglesia como institución en la cual el pastor está en la retaguardia y quiere pasar a la vanguardia.
- Cierta concepción del hombre entendido individualmente frente a un hombre comprendido estructuralmente, socialmente.
- Doble versión de la Iglesia: la del "remanente" y la que trabaja con el "resto".

Quería añadir un aspecto más. Tiene que ver con la mención a una Iglesia —en el vocabulario de Pietrantonio— "hacia afuera", que debe servir, que existe hacia el mundo. Supongo que esto está, en términos generales, aceptado por todos aunque como fórmula es relativamente ambigua. A mi modo de ver el problema que la Iglesia sea "hacia afuera" no indica un todo único y armónico sino que, por el contrario, señala a un abanico de opciones. En consecuencia, hablar de una Iglesia "hacia afuera", para el mundo, me parece bueno como fase inicial. Pero en nuestro mundo en general a la Iglesia se le exige un compromiso concreto y este compromiso implica una opción dentro de las diversas opciones. Una opción podría ser la que formuló Ortega: una tercer Iglesia para un tercer mundo.

D. Tinao: Creo que estamos trabajando con la imagen de la Iglesia como institución y con la imagen de la Iglesia como conjunto de los creyentes redimidos que están en el mundo para cumplir una misión. Estamos confundidos en cuanto a cómo la Iglesia va a actuar, transformar, permear en el mundo.

Como pastor digo a cada creyente individual que él es la levadura, la sal, el fermento que tiene que permear la sociedad, que él es la Iglesia. Quiere decir que cada creyente es la Iglesia actuando en el mundo. A su vez, mi Iglesia tiene su estructura. Se trata de una congregación que tiene un departamento de obra social, otro de evangelismo, etc., que está cumpliendo diferentes ministerios. Creo que la iglesia institución se ha abrogado la representatividad de todos los creyentes para montar una estructura de evangelismo, de servicio, de obra social. A su vez, los creyentes se han tornado más y más pasivos pensando que la Iglesia es la que va a realizar la tarea.

¿Qué es lo que tenemos que hacer? ¿Neutralizar lo que la iglesia podría hacer como grupo institucional? ¿decir que cada individuo obre como fermento? o ¿canalizar más el esfuerzo de la gente dentro de la institución? Mi conflicto se plantea entre autorizar las tareas y los programas de la iglesia atrayendo a la gente a trabajar por ella

o disminuir las actividades y no hacer nada en la iglesia esperando que cada uno obre individualmente en el mundo, como mejor le convenga o como entienda que debe hacerlo. El pastor juega aquí el papel del mediador.

Por otro lado, habría una tercera opción: que el pastor sea realmente el representante de la Iglesia y que como tal haga todo. Es una opción muy corriente, especialmente en ciertas sociedades de Estados Unidos, donde se le enseña a la gente que lo que pueden hacer son dos cosas: contribuir y orar. Ore por los misioneros, por los que hacen el trabajo y de una buena contribución, el diezmo, y si puede más mejor, para que los que hacen la obra estén bien remunerados y vivan cómodos. Entonces el pueblo pasa a ser pasivo y los que hacen el trabajo de la Iglesia son los "full-time" de la religión, los profesionales, que para eso cobran su sueldo.

Además, todo esto que hemos dicho es propio del mundo contemporáneo con su concepto de la especialización. Esto limita a la gente, porque si yo no entiendo de economía, de política, de sociología o no estoy formado, tengo que quedarme expectante. A mi congregación, además de universitarios, la componen ancianos, señoras, niños, quienes de economía, de problemática social, de política, no entienden absolutamente nada. Es gente que dice "amén" a todo. Ora, ofrenda y espera que, alguien que entiende, que es profesional y técnico, lo haga. De este modo estamos cayendo más y más en el profesionalismo, en un trabajo especializado.

R. Pietrantonio: Entiendo que hay que añadir un elemento que también es importante, el hecho que nuestras Iglesias no son de ninguna manera una hermandad. Puede ser que se formen grupos en una y otra parte. No se reciben nuevos miembros, no hay una hermandad que recibe a otros con la convicción que el que se incorpora es parte de ese cuerpo que va a hacer cosas juntos con ellos. Esta realidad no sería tan pobre si empezáramos a concebir al ministerio pastoral como el ministerio del "cuerpo" y a pensar que la Iglesia existe como anticipo del Reino. Luego, se darían las opciones concretas, el sacrificio espiritual concreto. Pero, no creo en lo individual, porque solos no hacemos nada sino hay que recuperar para la Iglesia —no para la institución sino para la "ecclesia", para el grupo de creyentes— esa idea de hermandad que no existe. Hoy, llamar a alguien y decirle: mire, en la Iglesia pasan estas cosas, venga y vea, es una aberración, porque viene y ¿qué ve?

H. Ortega: Estás reflexionando sobre una iglesia que muere, porque a mí me consta que hay hermandad, fraternidad, amor, compromiso, a otro nivel de iglesia, en otra iglesia.

R. Pietrantonio: No digo que no sea así, sino que no está generalizado.

H. Ortega: Por eso quiero acentuar la idea de un "remanente". Cuando Pietrantonio habla que no hay fraternidad, cuando habla del problema del individuo, de la Iglesia, para mí está hablando de una iglesia vieja a quien tengo que llamar "institución", pues ha perdido aquello de ser una "ecclesia", la convocación de aquella gente que

está padeciendo en el mundo, que es lo que quiere hacer Delmonte. El pastor se encuentra con un cuerpo de creyentes a los cuales lo han mandado a "pastorear" y tiene que hacer que la cosa camine. Me parece que, si ustedes siguen planteando las cosas en estos términos, la van a seguir planteando dentro de una iglesia que deja de ser, que va a tener una existencia honorable, que va a emitir comunicados, que va a decir que está o no de acuerdo con el gobierno de turno, pero de ahí no va a pasar. Mientras tanto me pronuncio como testigo de una iglesia nueva donde existe la fraternidad, donde existe un compromiso, donde se comparten los sacrificios, donde no existe el tipo de diferenciación que a nosotros, tal vez, nos diferencia como tradicionales.

C. Delmonte: Eso que está en embrión, en germen, ¿no correrá el riesgo de institucionalizarse y que empecemos de nuevo, dejando de ser un fermento dentro del conjunto?

Te planteo lo siguiente: lo que estás diciendo es que, en este momento, dentro de la iglesia institucional no se puede ser verdadero cristiano. Para ser cristiano verdadero hay que optar por la secta —otra vez, algo que hasta cierto punto me parece cierto. Si querés ser un verdadero militante, no solamente intra-muros sino a todo nivel, evidentemente tenés que chocar con la institución antes que nada. Después está la mención de un "tercer pueblo", al que no lo identifico afuera de la institución. Creo que lo permea. Este tercer pueblo, que sabe lo que significa decir "Padre nuestro que estás en los cielos..." no se encuentra necesariamente solo fuera de lo que ahora es institucional.

H. Ortega: Para que esa otra "tercer iglesia" pueda darse, hace falta gente que esté hablando a la iglesia presente, para seguir haciendo crecer la contradicción en la propia iglesia. Es un trabajo de doble faz.

R. Pietrantonio: No creo que mi labor se reduzca a señalar las contradicciones —que sí lo hago— sino que estoy también para crear algo dentro mismo de la iglesia. Mantengo la esperanza que dentro del grupo de creyentes no sea todo un vacío. Nos vamos al otro extremo y decimos que, dentro de la Iglesia, ya no hay ninguna posibilidad, que hay que hacer todo afuera. Además, si creyera esto, no sería tan maquiavélico como para pensar que estoy solo para "sabotear". Y no usaría el término "sabotear", sino que diría que estoy realmente para "decir la verdad" dentro del grupo donde me encuentro.

Por otro lado, lógicamente, si estoy planteando las cosas "hacia afuera", yo mismo tengo que ser la encarnación o el cambio, de darme hacia afuera y ver si arrastro a alguno en eso. No estaría por plantearme el problema de la opción. Pienso que un error de las teologías y de las iglesias es ser tan exclusivistas.

H. Ortega: Cuando Delmonte dice "sabotear", y yo también, creemos que lo estamos interpretando en una correcta forma cristiana, es decir, ser "no conformista", plantarse en la iglesia y decir en nombre del Evangelio: "esto no corresponde al Evangelio". Se puede

decir lo mismo con respecto a lo que sucede en la Iglesia Católica Argentina, allí los sacerdotes para el tercer mundo y otros compañeros más de su ministerio, no afiliados en ese sector, también son "no conformistas". Esos "no conformistas" en el palabrerío oficial son saboteadores y subversivos. Yo creo que son "no conformistas" en la línea que apunta el Evangelio.

D. Tinao: Soy pastor de una iglesia de tipo congregacionalista que no tiene ataduras, ni compromisos y con mi congregación tengo libertad de acción. Tenemos una institución que tiene muchos aspectos positivos, en el sentido que puedo volcar la acción de la iglesia dedicándose más intensamente a la prédica social o a la evangelización. No creo que esté en una estructura tan rígida.

H. Ortega: Pero fijate que estás hablando de una iglesia minoritaria en Argentina. Traslademos lo que decías a la explicación de tu iglesia que es mayoritaria en Estados Unidos y allí vas a ver que, el tipo de actitud que hemos estado mencionando aquí, corresponde al tipo de actitud que asume Martin Luther King frente a la sociedad norteamericana. Si bien las Iglesias protestantes, y este caso la Bautista, no son Iglesias de Estado sin embargo pertenecen tanto al sistema como aquí la Iglesia Católica, la cual mantiene una relación oficial con el Estado.

D. Tinao: Pero esa obligación no es "obligada", podría cambiarse o modificarse, es decir, que no es necesario que esa iglesia institucional muera totalmente sino que se puede pensar en una renovación o cambio paulatino.

H. Ortega: Quería contestarle algo a Delmonte. Me preguntaba si no creía yo que esa nueva iglesia que surgía podría terminar institucionalizándose. Confieso que sí, que se va a institucionalizar porque todo decantar humano llega un momento que se armoniza, que se ordena y que deviene necesariamente en una institución. Esta misma pregunta se la podría haber formulado un Lutero en el siglo 16 cuando comenzó su movimiento y quizás no hubiera seguido.

C. Delmonte: Pero no necesariamente "institución" y "movimiento" son términos que se oponen. Creo en una "institución-movimiento". Aspiro a que ese tercer pueblo, ahora desparramado, el día que se una, no vaya a ser institución anquilosada sino que vaya a ser una institución que "sirva". Por lo tanto, va a ser un movimiento, va a seguir marchando en el rumbo que le marca la historia y no a contrapelo de la historia como marcha ahora la institución.

H. Ortega: Una institución no tiene nada de malo con ser institución. Por ejemplo, la familia es una institución y me gusta bastante. Lo malo de la institución es el institucionalismo, cuando comienza a vivir para sí misma, que es lo que me parece le ocurre a la Iglesia Protestante en América Latina. En este momento no tiene razón de ser vivir el denominacionalismo que estamos viviendo, que es una caída en el institucionalismo. Además, ni siquiera fue inventado por nosotros como fruto de una institución, porque no la hemos creado. Es un institucionalismo importado.

W. Villaipando: Aún hay algunas preguntas que quisiera plantear. Una de ellas es con respecto a la expresión "estar con el mundo" que me parece insuficiente, porque ¿cómo estar con el mundo dentro de un abanico de posibilidades?

Hay otra cuestión, es que, en realidad, la versión que está surgiendo, una nueva iglesia trata de impugnar, o al menos poner en tela de juicio, a la iglesia tradicional y que aspira a una renovación. Especialmente la última parte de la discusión me confirma la versión de esta especie de nueva iglesia, donde se suponen nuevas uniones y nuevas divisiones las cuales sin ser mejores ni peores tienen el mérito de ser originales. Enfrentamos a una nueva iglesia unida y a una iglesia dividida en virtud de estas opciones seculares. Visualizo conforme a lo que va surgiendo, a una iglesia que se va a unir y a dividir en los términos sociales que elija. Probablemente desaparecerán las denominaciones y aparecerá la iglesia por un nuevo hombre cristiano, la iglesia por el cambio revolucionario. Es decir, la iglesia que ha optado socialmente y que alcanza un nuevo grado de unidad, pero que también generará una nueva división. Aquí me parece está también el drama del pastor que debe contemplar este nuevo paso de la Iglesia.

Otra pregunta que quería formular tiene que ver con la tensión del pastor frente a las tareas menudas, los problemas secundarios que el ministro debe resolver frente a los grandes problemas de la sociedad. ¿Cuál es la acción prioritaria que tiene en su servicio? ¿Es este grupo de hombres de carne y hueso que ve todos los días, a los cuales debe resolver sus cuestiones menudas o ver todo eso como un saldo secundario de una estructura social que crea opresión?

Había una pregunta más con respecto al planteo de Tinao. Especialmente en su exposición apareció una especie de personalidad pastoral que Delmonte impugnaba. El modelo pastoral que se desprende de aquel trabajo es el de un pastor configurado psicológicamente y personalmente de un modo equilibrado, maduro. No quiero decir que no los puede haber, pero un pastor que está en ese grado de tensión tiene, a su vez, una carga neurótica bastante grande, porque estas tensiones no son sencillas. Hasta cierto punto el planteo de Ortega, y quizás más el de Delmonte señalaban a un pastor conflictuado. ¿Es el ministerio pastoral propio de una personalidad equilibrada —si es que existe psicológicamente este tipo de personalidad— o es este cuadro neurótico una condición anti-pastoral?

R. Pietrantonio: Con respecto a esto último debería recalcar que a lo largo de nuestra historia, especialmente en el campo protestante, el ministerio se ha ido reduciendo a una sola función y un solo hombre el "pastor". No hay equipos, no hay gente que se ocupe de diversas tareas. Esto me lleva a insistir en que debemos redescubrir los "ministerios", no "el ministerio".

D. Tinao: Le daríamos la razón a los hermanos libres.

H. Ortega: Tal vez sí. En el futuro no tendremos función pastoral como la vemos en el presente. No tendremos función pastoral como la vemos hoy en la Iglesia tradicional. Conozco a muchos ministros

que han dejado su relación con la institución pero no han podido dejar de ser cristianos en el lugar en el que actúan. Algunos en un trabajo secular donde se acentúa la cura de almas; otros donde se acentúa la conducción de gente; otros en la educación; otros están trabajando en algún tipo de empresa donde su cuidado es el trabajo de las relaciones sociales. Veremos perderse en el futuro el papel del pastor tal como lo concebimos hoy, para verlo, quizá, a la manera como lo sugiere I Pedro. Por supuesto, reformulado a la luz de nuestro presente. La vieja iglesia creada para el mundo rural e importada a nuestras tierras no tiene ya valor.

La idea de un pastor que dedique todo su tiempo es una idea rural del hombre que está en el campo y no puede dedicarse a las cosas religiosas. En nuestra sociedad se impone de hecho un nuevo pastor. Ese nuevo pastor está ya ejerciendo en nuestra sociedad. No es una cuestión de diccionario, ya existe, tanto del lado católico como del protestante.